
DISCURSO IX.

Sobre el mismo asunto.

Regnum coelorum simile est grano sinapis quod crevit et factum est in arborem magnam, et volucres coeli requieverunt in ramis ejus. (San Lúe. xiii, 19.)

ILUSTRE Archicofradía, respetable y católico auditorio: La Religión del Crucificado es la única que puede proporcionar al hombre verdadera y completa felicidad: verdadera, porque poniendo á disposición de la criatura la omnipotencia, la sabiduría y el amor de su Autor divino, hace á su corazón, si es dócil á las inspiraciones de la gracia, mansion del elemento más indispensable para ser innegablemente dichoso, que son las virtudes: su inteligencia se convierte en morada de altísimos y santos pensamientos; su memoria en manantial inagotable de ternísima gratitud, y la voluntad en facultad vivificadora que tiene en constante ejercicio el entendimiento y la memoria, de las cuales, como de dos alas, se sirve para ir en busca del inmutable, del misericordioso Sér que constituye su dicha.

La felicidad que la Religión proporciona á la criatura es, además de verdadera, completa; completa porque le vale, le conquista nada ménos que la posesión de todo un Dios; y esto no sólo en el tiempo, sino que, enjugando la primera lágrima que sus ojos derraman en la cuna, ilumina poco á poco su razón en los días de la infancia con las luces de la fe; sostiene esta misma razón en las alternativas borrascosas de la juventud, con el áncora de la esperanza; presenta como báculo en los días de la vejez el apoyo de la divina caridad; en el lecho del dolor recoge el último suspiro que el hombre exhala al despedirse de este valle de miserias y de

lágrimas, deja su cuerpo en el descanso del sepulcro, y vuela acompañando su espíritu á las moradas eternas, para declararle poseedor de una cumplida felicidad.

¡La Religión! Grande siempre porque tiene por fundamento una virtud cuyo valor el hombre nunca conoce; que en su primera época, en la ley natural, se ofrece á nuestros ojos pequeñísima como un grano de mostaza. *Simile grano sinapis*. En la época que sigue á aquella, la de la ley escrita, ya crece y se desarrolla como un árbol frondoso que extiende sus ramas hácia las cuatro partes del universo. *Quod crevit et factum est in arborem magnam*. Y que últimamente en Jesucristo tiene su complemento, cuando en el campo de la Iglesia, regado con la sangre de millares de confesores y defensores de la fe, se hace un árbol de tan riquísima vegetación, de tanta consistencia, que en sus ramas y bajo su sombra anidan con una tranquilidad inalterable todas las aves del cielo. *Et volucres caeli requieverunt in ramis ejus*. Es decir, que las doctrinas infalibles, y las virtudes que santifican al hombre, y los hombres santificados por las virtudes, todos, como aves de los cielos, descansan y respiran á la sombra del árbol frondoso de la Religión.

¡La Religión! Grande siempre, porque, digan y mientan lo que quieran los pseudo-predicadores de la moderna *sociabilidad*, tiene en sí misma el conseguir que todos no constituyamos más que un solo rebaño con un solo pastor; su misión no es otra que la de unir á los hombres con su Dios por medio de la abnegación, del amor, del culto y del sacrificio, y de unir á los hombres como hermanos entre sí por medio del espíritu y de la práctica de la caridad.

Las grandezas, las glorias de la Religión son majestuosas é inexplicables: ella se levanta, como un arbusto, del grano de mostaza Jesucristo; ella extiende, como el terebinto, sus primeras ramas, cuando aquel envía á los Apóstoles y á los discípulos de dos en dos á predicar el Evangelio; ella empieza á dispensar su sombra á los fieles en el establecimiento de las primeras iglesias; ella concluye por dominarlo todo, sirviendo de tálamo y de dosel á todas las aves del cielo, en la institución, en la diversidad y en la conservación de las Órdenes y de las corporaciones religiosas; Órdenes y corporaciones religiosas producto de un grano de mostaza, *grano sinapis*, que á su vez es fruto sazonado y exquisito del árbol primitivo de la Religión: Órdenes y corporaciones religiosas que, con la savia de nuestra Santísima Religión, crecieron y se desplegaron hasta hacer sombra á las aves del cielo; *et volucres caeli requieverunt in ramis ejus*. Órdenes y corporaciones re-

ligiosas que, reunidas ó indistintamente separadas, dan testimonio, hasta el último de todos los días, de las grandezas, de los triunfos y de las glorias de la Religión augusta que profesamos.

Hoy, sin pretensiones de ningún género, que serían vanas y ridículas, sin mérito ni capacidad suficiente de mi parte, y sólo por la misericordia de Dios, soy llamado á presentar á la Real, inclita y militar Orden de redención de los cautivos cristianos, y á la ilustre Archicofradía que de ella procede, en su fundación, objeto y propagación, como un testimonio de las grandezas de la Religión de Jesucristo, pero todo bajo un solo pensamiento sublime y arrebatador, que es María Santísima de las Mercedes.

Ave Maria.

Hay fechas que no se borran jamás de nuestra memoria; hay nombres que por la veneración y el amor que profesamos á los que los llevan, están escritos con caracteres indelebles en nuestro corazón; hay acontecimientos que por sí solos forman época en los anales de las naciones, y en los fastos de la Iglesia y de la Religión. Una fecha y un acontecimiento, pero glorioso y admirable, constituyen el fondo de este discurso; y un nombre que, en expresión de San Bernardo, es dulzura en los labios, melodía en los oídos y regocijo en el alma, es el pensamiento que le preside, es el pensamiento que domina en mi imaginación. Attendamos primero al pensamiento, y desenvolvamos después la proposición.

El día 10 de agosto de 1218, en la ciudad de Barcelona, tenía lugar uno de esos sucesos que enajenan el entendimiento, embarcan el espíritu y unen los cielos á la tierra para presenciar una estupenda maravilla: de pronto se rasgaban los pabellones del firmamento, que, recamados de estrellas, sirven de dosel al mundo, y sobre un trono formado por las alas de los querubines, mecíendose, como se columpia una gallarda paloma sobre los aires, vestida de blanco, festejada por armonías celestiales é iluminada con los resplandores de la Divinidad, descendía una Mujer á consolar las aficciones de un corazón que se abrasaba en el amor de sus semejantes.

No era, sin embargo, Esther; al menos no ceñía sus sienes la diadema de la soberanía de la Persia: tampoco era Judith; no marchaba al ménos por entre el misterio de una noche pavorosa, como la viuda libertadora de Betulia, y aun así resplandecía su frente con la majestad de una Reina, y sonreían sus labios con la misericordiosa dulzura de una libertadora. ¿Quién era...?

Cristianos, aquella Mujer es un pensamiento sublime, magnífico, sin igual de la Beatísima y adorable Trinidad; aquella Mujer era el pensamiento dominante de los Patriarcas y de los Profetas; el pensamiento que dirigía la fe de los Apóstoles, la fortaleza de los mártires, el candor y la pureza de las vírgenes, la austeridad y la constancia de los confesores; aquella Mujer era el pensamiento consolador de las generaciones desde Adán hasta Jesucristo; sostén y delicia del universo desde Jesús hasta nuestros días, y amparo y protección de los pueblos, desde ahora hasta la consumación de los siglos.

Aquella Mujer era y es el pensamiento del pecador y del justo, del enfermo y del sano, del pequeño y del grande, del esclavo y del libre, del triste y del que no lo está, del hombre y de la mujer; es el pensamiento del niño, del joven y del anciano; el pensamiento, nó solamente de mi oración, sino de los cielos y de la tierra, y de la Religión y del Cristianismo; aquella Mujer es María Santísima.

Decía yo que María Santísima de las Mercedes es el pensamiento capital que influye en mi inteligencia en la presente mañana, y lo decía con la seguridad de encontrar siempre el título de las Mercedes allí donde se encontrase el nombre de María; de ver siempre al lado de María todo lo que es merced, como la bondad, la munificencia, la esperanza, la misericordia y el amor; de ver siempre en la Virgen un sér que se desenvuelve de lo pequeño á lo mayor, y que toma tales proporciones, que se hace de una grandeza incomparable; un grano de mostaza que crece, se extiende, hace sombra y alberga en su ramaje á todas las aves del cielo. *Grano sinapis.*

Y ciertamente: tan aplicable es á María la parábola del Salvador, que desde su formación en los decretos del Altísimo hasta su Asunción y coronación como Emperatriz universal, otra cosa no vemos en criatura tan privilegiada que una simiente que cae, que germina, que se levanta; que, ostentando sus galas, hermosea y ennoblece la tierra donde se plantó, y hace pequeños, imperceptibles á su lado, á los cipreses de Sion, á las palmeras de Cades y á los cedros del Líbano.

Ni es esto solo lo maravilloso, ésto la sapientísima economía con que el Hacedor Supremo ordena que la bendita entre todas las mujeres, la bendita con triplicadas bendiciones, sea, en los incomprensibles misterios y en los elevados fines á que la destina, la realidad del grano de mostaza; de manera que, en fuerza de humillarse y de engrandecerse, aparezca, después de Dios, como

la mayor grandeza posible y deseable en el paraíso de los cielos, en los desiertos de la tierra y en los vergeles de la Religión.

Simiente de mostaza aromática y saludable se desprende de los labios del Eterno en el campo de la predestinación; y ¡qué tal desplegará sus grandezas, cuando en su concepción se la exime de una mancha común, y en su nacimiento es árbol inmarcitable que cobija en su follaje á los infestados con la lepra original!

Como simiente de mostaza, pero de un perfume que enajena, la vemos sepultarse toda en las soledades del templo, y allí, nutrida con el rocío de la gracia, y respirando el embalsamado ambiente de la virtud, levantarse hasta los cielos, extenderse en todas direcciones, para ser luego en el misterio de la Encarnación el árbol frondoso donde se acogen los ángeles que la saludan y los hombres que la bendicen.

Aun allí, por el testimonio de su palabra, cuando se llama *esclava*, la reconocemos simiente, pero simiente mejorada de día en día, purificada de hora en hora, santificada de nuevo en cada instante: simiente que embelesa con el aroma que emana de la virtud de su alma y de su cuerpo consagrados únicamente á Dios; simiente, árbol á cuya sombra duerme el mismo Dios que, hecho hombre, no se desdeña en descansar nueve meses al abrigo de sus virginales entrañas. *Non horruisti virginis uterum.*

Y en esta alternativa de humillaciones y de engrandecimientos, las misericordias del Altísimo en bien de la humanidad se van haciendo más ostensibles por María; la gracia se deja caer sobre su alma en una proporción que sólo el Señor sabe apreciar; la Virgen atraviesa el mundo, siendo, al mismo tiempo que un prodigio de la gracia, una maravilla de la perfección; y por una escala de misterios adorables, sube desde el primer escaño del templo hasta la más elevada plataforma del Gólgota ensangrentado.

Allí, podemos ya exclamar con el mismo Redentor: *Todo se ha consumado*; María es el árbol, es el único árbol, después de Jesucristo y con Jesucristo, en cuyo ramaje anidan todas las aves del cielo. *Et volucres caeli requieverunt in ramis ejus.* Pero admiremos, porque en María Santísima nada hay á la casualidad, todo es providencial, todo es admirable: si en el templo es árbol que cobija las virtudes, y en Nazaret los ángeles, y en Belén á Jesucristo, en el Gólgota se guarecen á su sombra las virtudes, los ángeles, Jesucristo, y además todas las generaciones, todas las criaturas de la tierra habidas y por haber: María Santísima es la Madre de Dios, es la Madre de los hombres, y una madre es la

sombra de sus hijos. El título de las Mercedes vuela unido siempre al nombre de María: por eso en el templo se consagra á Dios, y es para consagrarse á nosotros; en Belén nos dá á Jesús, y es para dar principio, en unión con su Hijo, á la obra de la reparación del mundo, que, como co-redentora del linaje humano, completará, ofreciendo al Eterno Padre á Jesucristo y á su immaculado corazón, crucificados en un mismo patíbulo.

¿Qué os parece, católicos, el pensamiento? ¿Qué decís de ese grano de mostaza, de ese árbol, asilo y vivienda de los pensamientos, de las glorias y de las grandezas de la Beatísima Trinidad? ¡Sorprendente! y todavía lo será más cuando veáis á María Santísima, cuyo amor no disminuye, cuya caridad no descansa, autorizada con el espíritu y el poder de Dios para dar consuelo á los afligidos, y anunciar á los cautivos la indulgencia, y á los encarcelados la libertad. *Ut mederer contritis corde, et predicarem captivis indulgentiam, et clausis apertionem.*

Cuando la consideréis multiplicándose de aquí para allí, en busca de corazones que, formados á la medida de su mismo corazón, se apresuren á alzar el abatimiento del pueblo español, y sean piedra angular á la formación de una Orden militar por su *cuarto voto*, ornamento de España y admiración de los siglos; de una corporación ilustre, cuyos individuos, unidos por un solo Dios, una sola fe y un solo bautismo, marchen á los mismos ó parecidos fines: Orden militar y corporación piadosa que, con el pensamiento de María y á la sombra del estandarte mercenario, den á los siglos venideros testimonio de las grandezas de la Religión que profesamos. Vamos á verlo.

Es día de glorias, y no quiero empañarlas con el recuerdo de la afrenta que arroja al rostro de nuestros compatriotas la impúdica sensualidad de un monarca desdichado y á la venganza incalificable de un vasallo traidor: no quiero que volvamos los ojos para mirar las revueltas aguas del Guadalete, que, teñidas de nuestra propia sangre, sepultan (para no volverse á encontrar) un manto, un cetro y una corona, y marcan la frente de nuestros hermanos con el estigma del dolor, del cautiverio y de la vergüenza.

No me permite el tiempo llevaros de la mano á un imperio que es el baldón eterno del mundo civilizado, ni haceros recorrer por entre hordas de musulmanes las cárceles de Córdoba, Granada y de Sevilla, ni las mazmorras de Fez, de Berbería y de Túnez

para presenciar los empalamientos, los azotes, los tormentos inauditos, la matanza horrible de los cristianos que sucumben por su patria y por su Dios. Me contento con que digamos á los que aún viven: *Levate capita vestra; ecce appropinquat redemptio vestra.* «Alzad vuestras frentes, porque no está lejano el día de vuestra redencion.»

Quedo satisfecho con que me acompañéis á la catedral de Barcelona en el memorable día 10 de agosto de 1218, ántes expresado, y contempléis al inmortal Pedro Nolasco que, acompañado de Raimundo de Peñafort y del Rey Jaime I de Aragon, recibe de manos del Obispo el hábito y el escapulario de la Merced; Pedro Nolasco, que pocos días ántes era un solitario, y hoy es un fraile que, con sus votos, sus hábitos y su disciplina monástica, representa una institucion religiosa canónicamente aprobada, y cuyos fundadores, declarados Santos por la Iglesia, se veneran en nuestros altares.

¡Qué horror, señores, un fraile! ¿Lo habéis escuchado bien? Un fraile, es decir, una cosa suprimida por la moderna ilustracion como artículo innecesario. Un fraile (sigue hablando la ilustracion), cuyo recuerdo debe borrarse hasta de la historia, cuyo nombre sirve solo para amedrentar á los niños, cuyo tosco sayal extremece, y la idea de cuya restauracion es para los ánimos de esos ignorantes presagio seguro de inmensas calamidades. Tal es Pedro Nolasco; un fraile; un grano de mostaza que, plantado por la Virgen en el suelo barcelonés, será el instrumento de que la magnánima Reina se sirva para dar libertad á los cautivos, para coronar de gloria á la nacion exclusivamente suya, y para llevar por todas partes y hacer imperecedera la fama de las grandezas de la Religion de Jesucristo. Sí, señores.

El amor de Dios baja desde los cielos á la tierra para inflamarlo y abrasarlo todo: obra del amor es la creacion del mundo, de la nada; obra del amor es la formacion del hombre á imágen y semejanza de Dios; obra del amor es la redencion del linaje humano; pero entre estas tres finezas del amor divino, la adorable, la incomprendible, la inexplicable es la redencion, porque es, no sólo el amor, sinó el amor llevado hasta el sacrificio; y nó un sacrificio cualquiera, un sacrificio comun como el de las riquezas, el del descanso, el del tiempo, sinó el sacrificio de un Dios-Hombre que dá su cuerpo, su sangre, su corazon, su alma, su vida por lo que Él llama sus amigos: *Majorem charitatem nemo habet ut animam suam ponat quis pro amicis suis.*

El amor de Dios descende con Maria al mundo para que su

purísimo seno dé á luz al Redentor del mundo: el amor de Dios descende tambien con la Virgen de los castos amores para que de Ella nazca en la ciudad de Barcelona una institucion de redentores de los cautivos cristianos: la milicia mercenaria, al pronunciar por Pedro Nolasco el cuarto voto de su solemnísima profesion, se constituye ya en un testimonio de las grandezas de nuestra Religion; porque su promesa no es otra cosa que la explosion fulminante, trascendental y nobilísima de la más acendrada caridad.

«No hay mayor caridad (se dicen los mercenarios) que la que pone su alma y dá la vida por sus amigos; pues prometamos á los cielos y á la tierra dar libertad á nuestros hermanos y exterminar la esclavitud: para conseguirlo, pediremos limosna de puerta en puerta, atravesaremos las ciudades, los despoblados y los mares; desnudos y hambrientos y descalzos, suplicaremos piedad para los cautivos, negociaremos su redencion á todo trance, y cuando todos los recursos se hayan agotado (y aquí está toda la fuerza de mi argumento), entónces nuestro martirio, el sacrificio de nuestra vida será para los que gimen la aurora de su libertad.»

Yo te felicito, ¡amada Religion mia! por este nuevo rubí que se esmalta en la corona de tus grandezas; yo te bendigo, sacrificio del Calvario, que tan bien te reflejas en la fundacion de la Merced; yo te glorifico, Virgen Santísima de las Mercedes, porque de Pedro Nolasco has hecho un grano de mostaza que, alimentándose y desenvolviéndose por el doble amor á Dios y á los hombres, será luego un árbol lozano y majestuoso que se aclimate en todas las regiones, que fructifique en todos los tiempos, y que, á falta del rocío de la limosna, te conservará y te nutrirá con la sangre de sus mártires: árbol á quien, colocado sobre la montaña santa de la Iglesia, saludarán como el lábaro de su redencion, entre lágrimas y entre plácemes, los infelices cautivos, á la manera que las generaciones redimidas del poder de las tinieblas saludaron al árbol de la Redencion, colocado sobre el Calvario.

Y así es: el Orden militar de la Virgen de las Mercedes recibe su sancion canónica de la Santidad de Gregorio IX, y al influjo de las prerogativas y de los privilegios con que la enriquecen los Vicarios de Jesucristo sobre la tierra, se extiende por Europa, Asia, África y Américas; se reproduce, se multiplica, aparece donde quiera que haya necesidades que remediar y cadenas que romper; sus renuevos crecen y se hacen ramas; sus ramas se robustecen y se hacen árboles que, unidos al primero por el espíritu de Jesucristo y el pensamiento de Maria, constituyen un sólo árbol á